

Intercambio y sociabilidad en las redes de ayuda mutua del barrio madrileño de La Ventilla

Exchange and Sociability in the Mutual Aid Networks in La Ventilla Neighborhood of Madrid

Ivonne Herrera-Pineda y Jorge Ibáñez-Gijón

Palabras clave

Análisis de redes sociales

- Barrios multiculturales
- Convivencia
- Crisis económica
- Intercambio
- Solidaridad

Key words

Social Network Analysis

- Multicultural Neighborhoods
- Coexistence
- Economic Crisis
- Exchange
- Solidarity

Resumen

Analizamos la lógica de los intercambios informales en tres redes personales del barrio madrileño de La Ventilla para entender su relación con la sociabilidad vecinal en tiempos de crisis económica. La confianza y la obligación de devolución constituyen una lógica del don dinámica y multifuncional que permite una base social más sólida que otros tipos de intercambio, aunque no esté libre de conflictos. La evolución de esta dinámica puede explicarse con un modelo cualitativo simplificado que considera los procesos de sociabilidad-intercambio diádico, confianza y sociabilidad colectiva. Como conclusión, proponemos una perspectiva basada en la lógica de la reciprocidad para superar la dicotomía entre egoísmo y altruismo subyacente a la hoy dominante lógica de la solidaridad.

Abstract

We analyzed the logic of informal exchanges on three personal networks of Madrid's La Ventilla neighborhood to understand its relationship with sociability during an economic crisis. Trust and the obligation to reciprocate constitute a dynamic and multifunctional logic of the gift that allows for a social base that is stronger than other types of exchange, although not without conflicts. The long term evolution of this dynamic can be explained with a simplified qualitative model that considers the processes of dyadic sociability-exchange, trust and collective sociability. To conclude, we propose an approach based on the logic of reciprocity to overcome the dichotomy between selfishness and altruism that underlies the now dominant logic of solidarity.

Cómo citar

Herrera-Pineda, Ivonne e Ibáñez-Gijón, Jorge (2016). «Intercambio y sociabilidad en las redes de ayuda mutua del barrio madrileño de La Ventilla». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 154: 21-44. (<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.154.21>)

La versión en inglés de este artículo puede consultarse en <http://reis.cis.es>

Ivonne Herrera-Pineda: Universidad Autónoma de Madrid | ivonne.herrera.pineda@gmail.com

Jorge Ibáñez-Gijón: Institut des Sciences du Mouvement (CNRS) | jorge.ibanez-gijon@univ-amu.fr

INTRODUCCIÓN¹

La antropología ha mostrado en numerosas ocasiones la flexibilidad y la capacidad de adaptación de los grupos sociales en situaciones de carencia y precariedad (v.g., Smith y Reeves, 1989). En concreto, la antropología económica ha puesto de manifiesto diversas prácticas sociales presentes en la vida cotidiana que buscan satisfacer determinadas necesidades, garantizando la supervivencia y el bienestar social (Arteaga, 2007; Narotzky, 2013). Los sistemas informales de intercambio son una de estas adaptaciones sociales que pueden aliviar la falta de seguridad que provocan situaciones como las crisis económicas (Rivera González, 2005) o la marginalidad (Adler-Lomnitz, 1984). Para analizar los sistemas de intercambio informal en tanto que mecanismos de adaptación es preciso observar los intercambios como construcciones sociales ubicadas en una relación compleja entre espacio y tiempo, es decir, como procesos relacionales y dinámicos en estrecha interacción con el contexto simbólico y material en que se dan (Ibáñez, 1994; Ther Ríos, 2006). En este trabajo analizamos los procesos de adaptación basados en sistemas de intercambio informal que actualmente pueden observarse en el contexto del barrio madrileño de La Ventilla.

En un estudio previo sobre cohesión social que realizamos en La Ventilla (Gómez

Crespo y Martínez Aranda, 2012; Herrera Pineda y Tchipolo Tchapeseka, 2015) señalamos que las relaciones entre los vecinos de este barrio han experimentado cambios drásticos debido a su historia de profundas transformaciones sociales, urbanísticas y económicas. Asimismo, pudimos observar que la crisis económica actual estaba abriendo nuevos espacios para la sociabilidad y constatamos la aparición incipiente de dos procesos sociales contrapuestos. Por un lado, una hostilidad latente entre los vecinos autóctonos e inmigrantes, dentro de un contexto de escasez de recursos, exclusión sistemática del mercado de trabajo urbano y un drástico recorte de los sistemas de protección social (cfr. Cáritas, 2013; Rinken, 2010). Esta situación se veía agravada por la reproducción de prejuicios y estereotipos sobre los vecinos inmigrantes. Por otro lado, las interacciones positivas entre algunos vecinos se intensificaron —sobre todo entre aquellos a quienes la crisis había generado nuevas y diversas carencias— y se generalizó la idea de que la crisis estaba reforzando la solidaridad entre vecinos.

En este artículo queremos profundizar en los procesos que han llevado a mejorar la convivencia entre los vecinos de La Ventilla. Los discursos de los vecinos apuntaban a que el proceso más representativo de las nuevas dinámicas de convivencia era la formación espontánea de redes informales de ayuda mutua (también denominadas redes de solidaridad o redes de intercambio recíproco) entre los vecinos del barrio para hacer frente a los problemas generados por la crisis y la creciente desprotección desde las instituciones públicas (Herrera Pineda, en prensa). El objetivo de este estudio es analizar, desde la microescala de las interacciones personales, cómo aparecen estas redes de intercambio recíproco en el barrio de La Ventilla, cuál es su funcionamiento y cómo evolucionan para dar lugar a cambios en el modo de sociabilidad hacia situaciones más próximas a la convivencia. A continuación

¹ Este trabajo se ha realizado gracias a la financiación recibida por la Universidad Autónoma de Madrid (UAM), a través de la beca «Ayudas para Inicio de Estudios en Programas de Posgrado» durante los años 2013 y 2014, en el marco del Proyecto de Investigación I+D+i «Conflictividad y migración en contextos locales. Una aproximación teórico-práctica a la convivencia y la mediación», dirigido por Carlos Giménez Romero, catedrático de Antropología Social de la UAM, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, Convocatoria de Ayudas para la realización de Proyectos de Investigación Fundamental, en el marco del VI Plan Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológica 2008-2011, referencia CSO2009-12516 (subprograma SOCI). Agradecemos sus comentarios a Carlos Giménez Romero, y a las personas entrevistadas por compartir sus experiencias.

presentamos el marco teórico desde el que hemos planteado este estudio de las redes de reciprocidad.

Modos de intercambio y modos de sociabilidad

La organización y evolución de las interacciones sociales en una comunidad se han estudiado desde tradiciones antropológicas muy diversas. Dado que nuestro interés se centra en comprender las dinámicas que llevan al establecimiento de redes de reciprocidad, y cómo estas redes pueden llegar a afectar la convivencia en una comunidad, los conceptos fundamentales con los que hemos confeccionado nuestro análisis y que detallamos a continuación son los de intercambio (Polanyi, 1972), confianza (Adler-Lomnitz, 1984), topología y dinámica de redes sociales (Granovetter, 1973) y modos de sociabilidad (Giménez, 2005).

Polanyi (1972) distingue tres tipos de intercambios: reciprocidad, redistribución e intercambio mercantil. La reciprocidad es un intercambio organizado a partir de roles prescritos culturalmente, donde la simetría en los lazos sociales es esencial. La redistribución se basa en un proceso de decisión colectiva por el que los recursos se concentran en un individuo o institución para luego ser repartidos a la comunidad. Y, por último, el intercambio mercantil se fundamenta en la circulación de bienes y servicios, sobre la base del precio y de la maximización del beneficio individual. Para Polanyi, la economía se encuentra «incrustada» en las relaciones sociales a través de todas las formas de intercambio. Sin embargo, con la expansión global de la economía de mercado y de las teorías formalistas que defienden ese sistema como el más racional y acorde con la naturaleza humana, la economía pasa a entenderse disociada de su base social. El sustantivismo y empirismo de Polanyi le lleva a oponerse a estos discursos, a defender la observación de las funciones específicas de

las relaciones sociales y a no aceptar a priori principios formales del comportamiento entre individuos. En suma, lo que preocupa a Polanyi son los efectos que los intercambios en todas sus formas tienen sobre la vida social.

En su estudio de Cerrada del Cóndor, Adler-Lomnitz (1984) analiza determinadas transformaciones en las relaciones sociales en contextos de inestabilidad socioeconómica, y plantea varias reflexiones que consideramos fundamentales para comprender las dinámicas sociales en las redes de reciprocidad. La autora constató que, en espacios urbanos, los individuos que no están ni protegidos por los mecanismos de seguridad social institucionalizada ni integrados en los procesos de la economía de mercado urbana tienden a formar redes sociales de reciprocidad para asegurar su supervivencia. La confianza es aquello que mantiene la cohesión de estas redes y lo que permite el intercambio recíproco. Así, según el grado de confianza que se tenga con familiares o amigos, se desarrollarán relaciones de reciprocidad diferentes, todas ellas indispensables para satisfacer las diversas necesidades individuales que se presentan en la vida cotidiana. Para Adler-Lomnitz, la confianza es un proceso psicosocial configurado en torno a las características culturales de cada comunidad, por lo que debe ser estudiado etnográficamente.

Mark Granovetter (1973) propone una perspectiva de red que permite enlazar procesos sociales a distintas escalas a través del análisis de la relación entre la topología y la dinámica de la red. En su análisis, Granovetter constata que los vínculos débiles entre los actores de una red son a menudo más relevantes que los vínculos fuertes para entender la dinámica de los procesos sociales. El proceso de clausura de los grupos sociales por medio de vínculos fuertes entre miembros afines conlleva paralelamente el aislamiento relativo con otros subgrupos distantes en la red social. Por esto, Granovetter

defiende que los vínculos fuertes tienden a difundir información redundante, disminuyendo la utilidad social de la red como vehículo de innovaciones. Al contrario, los enlaces débiles constituyen puentes que vinculan partes de la red social que de otra forma estarían desconectadas, y por esto son capaces de transmitir información valiosa entre los grupos de afinidad fuerte. Sin embargo, en situaciones de crisis o cambios drásticos son los lazos fuertes de las redes de amistad los que más pueden influenciar el devenir del grupo (Krackhardt, 1992). Igualmente, estudios sobre migraciones nacionales (Adler-Lomnitz, 1984) o transnacionales (Wilson, 1998) evidencian que estas redes sociales tienen pocos enlaces débiles con otras redes, y la información sobre nuevos trabajos o la extensión de la red por medio de nuevos migrantes se realiza preferentemente entre miembros de la red de amistad, bien sean familiares o compadres. En suma, aunque la topología de la red puede ayudarnos a comprender la dinámica social, una perspectiva amplia tanto de los vínculos como de los actores y de los factores contextuales que dotan de sentido a las interacciones es igualmente necesaria.

En este trabajo definimos los vínculos a través de una perspectiva etnográfica de los actores y sus intercambios inspirada por la noción de confianza de Adler-Lomnitz. Desde esta perspectiva, la dinámica global de la red social no incluye únicamente los flujos informacionales y sus consecuencias, sino que se extiende a cualquier proceso relevante para la sociabilidad. Giménez (2005) propone una clasificación de los modos de sociabilidad (convivencia, coexistencia y hostilidad) útil para estudiar contextos de creciente pluralidad sociocultural como La Ventilla. La convivencia alude a las relaciones donde prima el respeto hacia la diversidad, la confianza y la comunicación entre las personas, lo que permite la gestión de los conflictos. La coexistencia hace referencia a relaciones sociales pacíficas pero distantes,

donde no hay interés por lo diverso (generalmente se entiende desde posiciones dominantes), hay poca comunicación y el conflicto es evitado pero no gestionado. Por último, en la hostilidad prima la incomunicación, la confrontación, la desconfianza y el interés en excluir al otro. Los conflictos no se resuelven sino que aumentan el malestar entre las personas y pueden desembocar en enfrentamientos abiertos. Estas categorías se entienden como un *continuum*, ya que en toda situación social están presentes elementos diferenciados de cada uno de estos modos. Esta descripción de los procesos de cohesión social se centra en procesos sociales como el respeto, la confianza y la comunicación, lo que, como detallamos más adelante, permite operacionalizar las relaciones entre los modos de sociabilidad y los intercambios.

En suma, a través de estos conceptos queremos estudiar cómo, en un contexto global de crisis económica y adelgazamiento de los sistemas de protección social, se reconstruyen los intercambios en el contexto local concreto del barrio de La Ventilla, y cómo estos nuevos intercambios se vinculan a transformaciones en los modos de sociabilidad durante los últimos años. A continuación repasamos los aspectos más destacados del presente y el pasado del barrio de La Ventilla para proporcionar el contexto histórico y social en el que se desenvuelve esta investigación.

El barrio de La Ventilla

El barrio de La Ventilla, oficialmente conocido como barrio Almenara, es uno de los seis barrios que componen el distrito de Tetuán, perteneciente al municipio de Madrid. Este distrito ha estado marcado desde sus inicios por la inmigración, primero nacional y más tarde internacional, impulsada por tres factores principalmente: su emplazamiento físico, los bajos costes de la vivienda (primero infravivienda y luego vivienda de protección ofi-

cial) y una fuerte demanda de mano de obra poco cualificada desde la capital. Tetuán comprende diversos espacios sociales, que van desde áreas comerciales y financieras hasta zonas más deprimidas y poco modernizadas. La Ventilla pertenece a este último grupo y se caracteriza por una población socioculturalmente diversa con un nivel de renta medio-bajo, que contrasta fuertemente con la realidad de barrios colindantes. La población de La Ventilla es de 19.019 españoles y 2.954 extranjeros, un 13% de la población total, principalmente de procedencia paraguaya, marroquí y ecuatoriana. Si en el periodo 2004-2007 la población aumenta de 16.554 a 17.975 españoles y de 2.395 a 3.153 extranjeros, en 2007-2010 lo hace a un ritmo más moderado, llegando a 18.763 españoles y 3.492 extranjeros, y a partir de 2010 se ralentiza notoriamente el crecimiento de la población española y disminuye la extranjera. La Ventilla es el barrio de Tetuán con mayor tasa de desempleo (18,89%), siendo las ocupaciones elementales las más afectadas, seguidas por el sector servicios. La edad promedio es de 46,5 años en la población española y 34,1 años en la población extranjera y las edades con mayor desempleo están comprendidas entre 45 y 50 años².

La Ventilla originariamente fue una barriada de casas bajas de autoconstrucción pobladas por emigrantes españoles, la mayoría antiguos campesinos que se incorporaban al trabajo industrial o a la construcción, sobre todo a partir de la posguerra. Este barrio ha experimentado un proceso de exclusión territorial y de marginación con respecto a otras zonas de Madrid, tanto por las condi-

ciones manifiestamente desfavorables en las que ha vivido su población como por haber sido estigmatizado socialmente durante décadas por el problema de tráfico de drogas y delincuencia que surge en este barrio en los años ochenta. Este proceso de exclusión territorial se materializa en un círculo vicioso en la dialéctica entre espacio y sociedad impulsado por un modelo económico global que tiende a acumular una serie de factores de riesgo en determinados territorios, condicionando las oportunidades de integración de ciertos sectores sociales y contribuyendo a la generación de pobreza y desigualdad social (Gacitúa y Davis, 2000). En La Ventilla, los organismos públicos llevaron a cabo varias remodelaciones urbanísticas que buscaban modernizar y acompañar el desarrollo de la capital (Díez de Baldeón García y López Marsa, 1987), pero es a partir de la década de los ochenta cuando se realiza en este barrio una intervención urbanística sin precedentes en el centro de Madrid (Palacios García, 2007), que afecta significativamente a la convivencia vecinal del barrio (Martín Coppola y Martín Pérez, 2008).

Tras estas transformaciones, la antigua barriada da paso a bloques de edificios de distinta altura, aglutinando a muchas personas en un reducido espacio y con una preocupante ausencia de sitios comunes para la socialización, dándose así una paulatina pérdida de los lazos sociales que unían a los vecinos en comunidad. En el primer estudio que realizamos en La Ventilla (Herrera Pineda y Tchipolo Tchapeseka, 2015) pudimos constatar que los antiguos vecinos sentían cierta nostalgia por el pasado del barrio, cuando los lazos sociales eran muy estrechos y se compartía un sentimiento de pertenencia a la comunidad: charlaban prolongadamente, hacían fiestas en la calle, compartían el puchero, las puertas no se cerraban, los niños se mezclaban en las casas y jugaban todo el día en la calle.

A partir de los años noventa llegan al barrio vecinos extranjeros, que son percibidos

² Datos estadísticos referidos a las siguientes fuentes de la Dirección General de Estadística del Ayuntamiento de Madrid: estimador de tasa de desempleo (mayo de 2014); características del paro registrado, SISPE (mayo de 2014); información de los distritos-Tetuán. Características generales (2013); población por país de nacionalidad y por distrito y barrio de residencia (1 de enero de 2014).

de maneras diversas: positivamente, al rejuvenecer una población bastante envejecida, pero también negativamente, por el conjunto de estereotipos que se les atribuye. Esto último ha tenido importantes consecuencias para los vecinos en general, pues ha agudizado el proceso de incomunicación y aislamiento social que se venía desarrollando con la evolución de la sociedad española (Cachón, 2008; Gómez Crespo y Martínez Aranda, 2012). La antigua situación de convivencia dio paso paulatinamente a relaciones de coexistencia pacífica, manteniendo la cordialidad en las formas pero limitando los encuentros a breves e indiferentes interacciones. En algunos casos, las tensiones se acumulaban en una hostilidad latente hacia los inmigrantes, plasmada en la culturalización de las diferencias: «hacen ruido», «tienen muchos hijos y costumbres atrasadas que deben cambiar». Con la llegada de la crisis a partir del año 2007, estos problemas se agravan como consecuencia del malestar asociado al reparto de recursos cada vez más escasos y a la falta de una base social fuerte que permita la comunicación entre las personas (Herrera Pineda y Tchipo Tchape-seka, 2015). Los discursos basados en rumores y en estereotipos se mantienen, y se enfatizan determinados contenidos («se llevan las ayudas y el trabajo», «los españoles deberíamos ir primero»), lo que crea mayor desconfianza entre vecinos e impide gestionar el conflicto latente. Por contrapartida, aparecen nuevos discursos que señalan un aumento de las relaciones de solidaridad entre vecinos con motivo de la crisis económica y una preocupación generalizada por la pérdida de los lazos comunitarios. De ahí surge el interés de este estudio por analizar cómo se materializan esas preocupaciones latentes y manifiestas sobre la convivencia vecinal a través de las nuevas dinámicas que se establecen en las redes informales de ayuda mutua.

METODOLOGÍA

El acercamiento a esta realidad se ha enfocado, en primer término, a través de un estudio etnográfico de las relaciones de intercambio que establecen individuos específicamente seleccionados. El estudio se ha basado en el trabajo de campo realizado durante seis meses en el año 2013, empleando tres técnicas de investigación cualitativa: la entrevista en profundidad, la observación participante y la documentación, con un total de 16 entrevistas y 20 fichas de observación. Las dos primeras técnicas dieron acceso a la esfera «micro» de las relaciones cotidianas y la documentación complementó la información obtenida en el campo.

Se realizaron dos conjuntos de entrevistas: al personal de las ONG y a los informantes. El interés de las primeras se centró en obtener información acerca del contexto que rodea a las redes estudiadas, la perspectiva de las ONG sobre las problemáticas sociales en el barrio y los recursos que distribuyen, así como una selección de los posibles informantes para este estudio. Las entrevistas a los informantes se centraron en conocer el punto de vista y la representación individual que cada uno hacía del intercambio y de su situación concreta en el contexto de crisis económica. Se les pidió que enumerasen sus intercambios recíprocos y caracterizasen las relaciones que acompañan tales intercambios, las motivaciones que les llevaban a intercambiar y las posibles evoluciones que hayan podido sufrir esas relaciones a lo largo del tiempo. La observación participante se realizó tanto en ámbitos institucionales (oficinas de desempleo y ONG) como en diversos escenarios de intercambios informales (domicilios, parques, colegios, comercios del barrio) en los que participamos en actividades cotidianas como la preparación y degustación de comida, ocio al aire libre, recoger a los niños o compras cotidianas. Mediante esta técnica se buscó analizar de qué maneras se expresaban en los intercambios sus situacio-

nes, preocupaciones e intereses personales, así como aspectos de los lazos sociales que no podían aparecer en las entrevistas. En instituciones y ONG, el interés de las observaciones se centró en las dinámicas sociales que aparecen en las relaciones entre el personal y los vecinos, aunque también constatamos que estos lugares son puntos de encuentro habituales para intercambios informales entre vecinos.

Las ONG y las instituciones públicas, a pesar de generar intercambios de tipo formal, también fueron incluidas en este estudio por su relevancia en la vida cotidiana de estas personas y porque permitían su comparación con los intercambios de tipo informal. La selección de los informantes clave se diseñó a partir de la información obtenida en las entrevistas a trabajadoras de Cáritas y el Centro Pueblos Unidos que conocían diversos casos en que la ayuda mutua entre vecinos se había reforzado a raíz del empeoramiento de sus situaciones económicas. El perfil de los informantes clave siguió dos criterios: personas que habitasen en el barrio de La Ventilla y que perteneciesen a alguna red de ayuda mutua en el barrio y fuera del ámbito familiar. La selección también consideró la diversidad de edad, género, procedencia geográfica y estructura familiar. Finalmente seleccionamos tres informantes, todos con una larga experiencia laboral en un sector concreto, actualmente en desempleo y con bajo nivel socioeconómico: una mujer española de 30 años que reside recientemente en el barrio, sin estudios superiores y que forma parte de una familia compuesta con hijos en edad de escolarización; una mujer ecuatoriana de 54 años, residente de La Ventilla desde hace 8 años, con estudios superiores no ejercidos profesionalmente en España, miembro de una familia monoparental con ausencia permanente del otro progenitor y sin cargas familiares directas; un hombre dominicano de 56 años que reside en La Ventilla desde hace 13 años, con estudios superiores no ejercidos profesionalmen-

te en España, miembro de una familia monoparental con ausencia temporal del otro progenitor y con cargas familiares directas.

A partir de la información obtenida en las etnografías se han confeccionado redes personales de intercambio para cada uno de los informantes clave para explorar las dinámicas sociales existentes dentro de estas redes (Adler-Lomnitz, 1984; Federico de la Rúa, 2009; Requena Santos, 1989 y Sanz Menéndez, 2003). En este trabajo consideramos los vínculos diádicos como la expresión concreta, en un espacio y tiempo determinados, de la relación dialéctica entre lo micro y lo macro. Para ello, hemos utilizado el enfoque multifactorial propuesto por Giménez (2002), que pone de relieve los aspectos clave para observar la realidad micro en que se mueven las personas en su vida cotidiana, al tiempo que sitúa estas relaciones en un contexto más amplio a través de una compleja articulación de factores. Desde este enfoque se distinguen tres grandes grupos de factores relevantes para explicar las interacciones sociales: personales, situacionales y culturales. Estas categorías son especialmente apropiadas para esta investigación porque permiten aclarar respectivamente tres aspectos importantes para entender las interacciones en estas redes: la idiosincrasia de los individuos, la incidencia de la crisis económica y los procesos sociales de pertenencia que dotan de sentido a las interacciones. Con el fin de simplificar esta compleja trama de interacciones, nos inspiramos en la metodología de análisis de bucles de Levins (Puccia y Levins, 1985) para confeccionar un modelo dinámico cualitativo de los procesos sociales subyacentes a las redes de intercambio recíproco.

RESULTADOS

Descripción de las redes de intercambio

A continuación, presentamos las características más relevantes de los intercambios observados en el trabajo de campo. Para una

descripción más detallada, véase el Apéndice 1, donde se presentan en profundidad las redes de reciprocidad de los tres casos estudiados. Un factor determinante en la situación de estas personas es que han perdido o modificado profundamente su antigua forma de vida. Cada uno tiene historias distintas, pero comparten carecer hoy por hoy de la seguridad económica que tenían antes. Todos los informantes se encuentran en desempleo, y realizan muy limitados intercambios mercantiles. Por esto, los intercambios más relevantes son los recíprocos en las redes informales y los redistributivos con instituciones y ONG.

El intercambio con ONG e instituciones públicas cumple un papel asistencial, con énfasis en la esfera económica. Los recursos más demandados (a parte del empleo) son las ayudas económicas en el caso de las instituciones públicas y alimentos o medicamentos en las ONG (aunque también dan ayudas económicas, son puntuales y responden a urgencias). En las ONG se tratan necesidades cotidianas más frecuentes y variadas (como conexión a internet o llamadas telefónicas para búsqueda de empleo), al tiempo que se ofrecen otros recursos susceptibles de tener vinculación con carencias económicas (servicio de psicología). La formación desde las instituciones públicas es menos accesible, y la poca inserción laboral acaba mermando la motivación entre los demandantes.

El tipo de reciprocidad en todas las redes informales estudiadas se corresponde con una lógica de dones, como detallamos en la sección siguiente. En estas redes observamos dos grupos de vínculos con una intensidad marcadamente distinta: vínculos fuertes, en el ámbito familiar y las redes de amistad, y vínculos débiles en las redes de conocidos, en los que existe una mayor diversidad de intensidades en los intercambios. La diferencia fundamental entre vínculos fuertes dentro y fuera del ámbito familiar es que los intercambios fuera de la familia no

producen en general una disminución del consumo, sino una mejor gestión de lo que sobra, o una camaradería del «hoy por ti, mañana por mí».

En las familias que comparten domicilio se da una situación de convivencia facilitada por la confluencia positiva de todos los factores de la sociabilidad. No obstante, las redes familiares están igualmente sujetas a conflictos, principalmente debido a sobrecargas de algunos miembros o asimetrías asociadas a roles de género o edad. En cualquier caso, es en la familia donde se refugia primeramente el individuo y donde se desarrollan relaciones más fuertes, con intercambios más frecuentes y multifuncionales, operando como una economía compartida (Rivera González, 2005).

Las redes familiares que no comparten domicilio tienen un elevado grado de cohesión gracias a la cercanía social. La distancia física disminuye la frecuencia pero no la intensidad de los intercambios, especialmente materiales. Así, los intercambios económicos son menos frecuentes pero muy relevantes y dirigidos a ocasiones puntuales (con cantidades de dinero que van desde los 20 a los 1.000 euros, y cubren gastos desde recibos mensuales a tasas judiciales o cuidados médicos). Por otro lado, los intercambios informacionales y afectivos mantienen una elevada frecuencia e intensidad.

En las redes fuera del ámbito familiar la conjunción específica de factores situacionales, personales y culturales adquiere mayor relevancia para definir la intensidad de un vínculo. Cuando a una conjunción positiva de estos factores de sociabilidad se suma una oportunidad fortuita para el encuentro, se inicia un intercambio que posibilita el conocimiento mutuo y con el tiempo puede dar lugar a un vínculo fuerte acercando física y socialmente a los actores. Este tipo de vínculos fuertes es valorado muy positivamente dado que permite experiencias de cercanía personal y confianza fuera del —en ocasio-

nes conflictivo y sobrecargado— ámbito familiar. También se evidenció que los vínculos débiles son apreciados y cumplen un papel positivo para la convivencia al proporcionar oportunidades para el intercambio.

Fuera del ámbito familiar, los recursos susceptibles de ser intercambiados son todavía muy amplios, aunque dependen en gran medida del grado de interacción y del conocimiento que se tenga de la otra persona. En vínculos débiles predominan los intercambios informacionales y afectivos: amabilidad, saludos, información sobre ayudas o empleo. Estos intercambios se dan con una frecuencia aproximadamente semanal a través de conversaciones puntuales donde se expresan las respectivas carencias y disponibilidades para el intercambio, y tienen lugar en espacios de encuentro como las tiendas del barrio, la cola del paro, el médico o los colegios. En ocasiones puntuales (comienzo de curso o cambios de estación) se intercambian recursos materiales sobrantes, como ropa de los niños o libros de texto de cursos anteriores. En emergencias debido a situaciones de súbita vulnerabilidad se intercambian alimentos y consuelo con los afectados. En vínculos fuertes fuera del ámbito familiar, además de los recursos intercambiados en los vínculos débiles, también se ponen en común bromas, aficiones, espiritualidad, historias compartidas, obsequios y gratitud. Estos intercambios tienen una frecuencia aproximada de varias veces por semana si existe proximidad física, y de una vez por semana si no existe.

Por último, roles y estereotipos culturales, de edad o de género dificultan la comunicación, generan asimetrías y pueden devenir en conflictos. Como estereotipos culturales, constatamos percepciones negativas sobre vecinos extranjeros o gitanos, en los que priman las ideas de delincuencia, falta de civismo y «expolio» de recursos propios. Los estereotipos y roles de edad se observan por ejemplo en casos de jóvenes que no acuden a ONG por vergüenza. Los roles de género

pueden encontrarse en múltiples situaciones cotidianas, como la percepción social de mujeres extrovertidas y decididas como conflictivas, o la reclusión de la mujer al ámbito doméstico, con la consiguiente pérdida de independencia y desarrollo personal.

Dinámicas sociales de los intercambios en el barrio de La Ventilla

Redes de intercambios redistributivos. En general, ONG e instituciones públicas mantienen dinámicas de intercambio semejantes. Las relaciones de intercambio se construyen de manera asimétrica y unidireccional: los demandantes son quienes se acercan a estos lugares, por lo que las personas adquieren el rol de receptores y las organizaciones el de gestores de un servicio. La complejidad burocrática, siempre presente, es mayor en las instituciones públicas (plazos, numerosos requisitos, incompatibilidades entre ayudas), llegando a excluir a personas en situación de vulnerabilidad social. Las ONG hacen un esfuerzo por particularizar las ayudas a la situación de cada individuo, complementar los recursos económicos con ayudas más multifuncionales y hacer cierto seguimiento del caso donde se espera algún tipo de respuesta por parte del receptor (generalmente en forma de esfuerzo cotidiano por encontrar trabajo).

Redes de reciprocidad de dones. Las nuevas circunstancias en las que viven los vecinos han generado nuevas necesidades y han llevado a recrear un tipo concreto de relaciones con las personas más próximas, para así satisfacerlas. En un contexto en que tanto el sistema de mercado como la redistribución de los recursos por parte de las administraciones dejan a muchas personas en situaciones de gran precariedad, la ayuda mutua se convierte en una alternativa que frente a la lucha individual presenta grandes ventajas y permite afrontar la situación con mayor seguridad, al estar basada en los lazos sociales entre las personas (Torre, 2003).

En las redes de ayuda mutua analizadas existe un patrón característico: la acción de responder ante el otro se entiende como una obligación que comienza en el momento mismo en que se acepta un don. Además esta obligación es vivida no como una carga sino como una oportunidad para intercambiar una amplia variedad de recursos y generar así múltiples opciones para las negociaciones. Una noción similar de don fue puesta de relieve por Marcel Mauss (1971) en su análisis de una institución de intercambio recíproco denominada «potlach». Aunque el don pudiera parecer voluntario y gratuito, está inserto en unas prácticas que lo convierten en obligatorio. La obligatoriedad se manifiesta en tres movimientos (dar, recibir y devolver), que no se dan de manera esporádica sino dentro de una lógica que vincula socialmente a los individuos de manera continua, garantizando así la cohesión social.

Funcionalidad social de las redes de intercambio de dones. Este tipo de redes de intercambio recíproco ofrece dos ventajas desde el punto de vista de la sociabilidad vecinal. Por un lado, los recursos se ponen en relación a través de las necesidades de unos y de otros, iniciando así un ciclo de ayuda mutua. Por otro lado, el intercambio no está «focalizado» sino ampliado a múltiples recursos, al contemplar situaciones más diversas y complejas (no solo casos puntuales como las urgencias, por ejemplo), donde se unen tanto necesidades materiales como simbólicas (Enríquez Rosas, 2000). Todo ello se lleva a cabo a través de la comunicación, que permite saber qué cosas disponibles o incluso «descartadas» por el propio individuo son apreciadas y bien recibidas por la otra persona, haciendo que el intercambio sea complementario y satisfactorio para ambas partes. A pesar de los casos de necesidades materiales acuciantes producidos por la crisis económica, en muchas ocasiones lo que más se aprecia es el aspecto cualitativo de determinado objeto, lo que «hay detrás»: intenciones, motivaciones, esfuerzos. Como

dice una de nuestras informantes, «lo que cuenta no es el objeto regalado sino el gesto de dar».

El papel de la confianza en el desarrollo de redes de reciprocidad

Las redes de intercambio recíproco ponen en juego múltiples mecanismos para su funcionamiento, como, por ejemplo, valorar de qué maneras se responde a determinadas circunstancias, qué tipo de esfuerzos se realizan, a qué cosas se renuncia o qué obstáculos se deben afrontar. Para entender esta complicada negociación es conveniente estudiar el proceso social de la confianza. Siguiendo a Adler-Lomnitz, podemos definir la confianza como una «evaluación subjetiva, personal y momentánea, que hace cada participante con respecto al estatus social de su relación» (Adler-Lomnitz, 1984: 210). Según esta autora, la confianza depende de cuatro factores: 1) la cercanía social ideal, que diferencia grupos como la familia, parientes, amigos, etc. en los que el comportamiento está culturalmente pautado; 2) la cercanía física real, componente esencial para generar confianza, puesto que da la oportunidad de intercambiar; 3) la igualdad socioeconómica, ya que el desnivel basta para distanciar a las personas; y 4) el conocimiento mutuo de los aspectos culturales y personales. A continuación se detallan las características más relevantes que presentan estos factores en las redes analizadas.

Cercanía social. El proceso de construcción de interacciones recíprocas parte siempre de la historia personal y tiene en cuenta las circunstancias concretas en las que se encuentran otras personas. Esto discrimina las situaciones y las coloca en un espacio de mayor o menor cercanía social, conectando o no con experiencias similares de otras personas. Esto hace, como comentamos anteriormente, que en las familias que comparten domicilio sea la convivencia la forma más típica de sociabilidad. Sin embargo, esta

convivencia no viene determinada a priori por categorías sociales dadas, sino que se construye en los procesos de pertenencia que se ponen en juego a través de negociaciones constantes, lo que posibilita que cada miembro reconstruya activa y diversamente los significados a través de su propia experiencia. Aunque el comportamiento de los actores en estos procesos se modifica o ajusta dentro de determinadas restricciones (Federico de la Rúa, 2009), grupos fuertemente cohesionados como estos no se basan en meros procesos de asimilación, ya que en su interior existe la disensión y el conflicto (Arteaga, 2007). De manera similar, en los grupos no familiares la cercanía social no viene dada por categorías como «amigo», «vecino» o «conocido» que, aun siendo relevantes, no expresan por sí mismas la complejidad de las relaciones cotidianas. La cercanía social y las situaciones de convivencia entre personas diversas son posibles debido a que existe una confluencia —si bien menor que en la familia con residencia común— de algún factor de la sociabilidad. Lo que crea vínculos tanto fuertes como débiles entre sujetos diferenciados es compartir algún aspecto concreto de la experiencia, que es relevante para ambos y que es negociado a lo largo del tiempo.

Cercanía física. La mayoría de los intercambios en las redes analizadas están fuertemente restringidos por la cercanía física. Así, las relaciones más estrechas de los tres actores centrales se desarrollan dentro del barrio. La conexión con redes de otros barrios (y con redes transnacionales en el caso de los vecinos extranjeros) se da principalmente a través de los lazos mantenidos con familiares (Rivas Rivas, 2009). No debemos olvidar que la movilidad de estas personas ha disminuido considerablemente debido al desempleo. Ahora bien, la cercanía física debe pensarse como una condición de posibilidad del intercambio recíproco (Adler-Lomnitz, 1994) y no como un elemento que garantice el establecimiento de lazos estre-

chos. Vemos así vecinos que viven en la misma planta y que no intercambian más que saludos, o relaciones bastante estrechas fuera del ámbito doméstico. Estas últimas presentan un alto nivel de reciprocidad, aportan experiencias en general apreciadas y cualitativamente distintas a las familiares, y generan intercambios de mayor intensidad que los desarrollados con familiares que viven en otros barrios.

Simetría socioeconómica. La simetría socioeconómica en las interacciones de las redes de reciprocidad fue una de las características generales encontradas por Adler-Lomnitz en su estudio de la Cerrada del Cóndor. Sin embargo, en La Ventilla hemos observado que aunque la simetría es muy relevante en la conformación de estas redes, existen interacciones socioeconómicamente asimétricas, que son estables y relevantes para ambos actores. Esto resulta interesante porque la desigualdad socioeconómica en estos casos no implica el abandono de las relaciones de intercambio, sino su evolución hacia otras formas más complejas. Dado que algún tipo de simetría en las relaciones se busca por regla general, para evitar casos de posible asimetría se realizan diversos esfuerzos encaminados a restablecer el balance en la reciprocidad (Polanyi, 1972). Cuando no existe igualdad de carencias, se busca la manera de poder satisfacer necesidades o expectativas de la otra persona que pueden ser diversas y distintas de las del propio sujeto, a través de una apropiada reorganización multidimensional del intercambio que permite renegociar las categorías de cercanía.

Conocimiento mutuo. Las redes informales de reciprocidad ofrecen opciones más diversas y flexibles que las redes formales para negociar los vínculos a través del conocimiento mutuo entre los miembros de la red. La base social de las redes de reciprocidad, por ser más compleja, permite mayor dinamismo en las relaciones de intercambio y desdibuja la diferencia categórica entre vínculos fuertes y débiles al crear un conjunto estable

de niveles intermedios de interacción. Ahora bien, cabe advertir que estas redes están siempre sujetas a cambios y en consecuencia a mayores esfuerzos en los procesos de negociación. Esta mayor implicación puede devenir en obstáculos que, aunque menos rígidos que los burocráticos, son de gran incidencia para ciertas personas en el desarrollo de lazos sociales con los demás. Por último, cabe tener presente que los intercambios en los que apenas se requiere intimar con la otra persona también son apreciados y relevantes para la evolución de la dinámica social. A veces las charlas superficiales también cumplen un papel muy positivo, en el sentido de cohesionar a las personas y de mantener un ambiente agradable y pacífico entre los vecinos, intercambiando saludos, información sobre ofertas, conversaciones sobre el tiempo, noticias o política. Así, los vínculos con niveles bajos de confianza dan lugar a relaciones satisfactorias y contribuyen a la estabilidad de los intercambios en estas redes.

Los orígenes de la conflictividad en las redes de reciprocidad del barrio de La Ventilla

El conflicto, algo inherente a las relaciones sociales (Giménez, 2005), está también presente en estas redes. En concreto, puede aparecer por rumores generados en torno a las personas con quienes se intercambia (tanto por otras personas como por el propio individuo con conjeturas personales) o por las asimetrías fruto de romper la norma de reciprocidad (cuando «se tiene mucha cara»). El proceso de reciprocidad está basado en un mínimo de confianza. Cuando no se respetan las tácitas reglas de la reciprocidad, expresada en derechos y obligaciones, en general la interacción positiva deja paulatinamente de existir (Requena Santos, 1989) o se es expulsado de la red. Si la confianza desaparece, y los conflictos no se reformulan o las asimetrías no se equilibran (con el afianzamiento de la comunicación para restablecer la confianza perdida, o con la donación tras recibir el don),

al cabo del tiempo se rompe el lazo de reciprocidad que antes existía.

Según Granovetter, los vínculos débiles mejoran la cohesión social al permitir la interacción de partes alejadas de la red. Como vimos anteriormente, en las redes de reciprocidad la intensidad de los vínculos se distribuye de manera continua debido a la compleja dialéctica entre sociabilidad e intercambios que construye la confianza. En este sentido, la topología de estas redes es óptima para favorecer el flujo de los intercambios porque permite más posibilidades de conexión que una red binaria de amigos y conocidos. Por esto los factores más relevantes para favorecer la negociación de los conflictos son la disponibilidad de espacios de encuentro y la voluntad de comunicación.

La voluntad de comunicación es condición necesaria para la construcción de una base social fuerte que permita generar intercambios personales. Por ello, cuestiones como los estereotipos, roles o actitudes etnocéntricas son serios obstáculos para un entendimiento común (Torres Pérez, 2006). Además constituyen una manera errónea de entender las relaciones sociales, al percibir las de manera estática, sin opción al cambio ni a la creatividad. En algunos casos estas actitudes se superan con un esfuerzo activo de acercamiento, dando paso a relaciones de reciprocidad. Pero en otros casos no se reformulan, acumulan tensión, y llegan en ocasiones a situaciones conflictivas. Así, dos de nuestros informantes sufren los conflictos derivados de estereotipos culturales (en el caso de Pedro, cuyos vecinos obstaculizan su red de intercambios basándose en argumentos culturalistas) y de roles de género (en el caso de Lucía, donde la reclusión en el ámbito doméstico y la ruptura con su vida anterior ha supuesto una pérdida de bienestar emocional).

Dado que el conflicto está siempre presente en las relaciones sociales, debemos considerar la relación estrecha entre convi-

vencia y conflictividad. La convivencia es una situación de armonía de lo diverso, pero no un estado en el que no cabe el conflicto (Giménez, 2005). Evitar el conflicto o gestionarlo inadecuadamente (segregando lo diverso, imponiendo normas asimilacionistas, etc.) no contribuye a un desarrollo de las relaciones sociales, pues no da la oportunidad de que un encuentro de lo diverso sea posible, dificultando la comprensión de la situación concreta en la que viven otras personas (sus inquietudes, preocupaciones y necesidades). De ahí la importancia de que los conflictos sean observados y reconocidos como tales para trabajar sobre ellos y gestionarlos de manera pacífica. En la propia gestión pacífica de los conflictos se da una oportunidad valiosa de intercambio, que permite conocer un poco más a la otra persona y sopesar lo que cada uno considera como relevante.

Reciprocidad y modos de sociabilidad: el ciclo de «sociabilidad-intercambio»

Nuestro análisis de las redes de reciprocidad en el barrio de La Ventilla ha mostrado que son procesos dinámicos muy sensibles a factores materiales y simbólicos de las relaciones. En estas redes de reciprocidad los intercambios realizados y los lazos sociales que los posibilitan están íntimamente ligados. Por esto, las relaciones diádicas de una red de reciprocidad se pueden entender como formando parte de un ciclo de «sociabilidad-intercambio», esto es, un ciclo en el que los intercambios realizados modifican los lazos sociales y estos, a su vez, modifican nuevamente los intercambios diádicos. Así, los intercambios negativos tienden a disminuir los lazos sociales positivos (y con ellos, los intercambios recíprocos positivos), hasta hacerlos negativos como en los casos de enfrentamiento abierto. Por el contrario, los intercambios positivos tienden a aumentar los lazos sociales positivos (y con ellos, los intercambios recíprocos positivos), estrechando el vínculo entre los individuos en interacción. En esta descripción de las relacio-

nes de reciprocidad como ciclos de sociabilidad-intercambio, la intensidad del flujo en el ciclo es una manifestación del nivel de confianza (o desconfianza, en casos de enfrentamiento) de la relación diádica. En este sentido, muchos intercambios generan muchos lazos sociales, lo que conlleva una relación de elevada confianza (si los intercambios y los lazos son positivos) o desconfianza (si son negativos).

Convivencia, coexistencia y hostilidad, los modos de sociabilidad propuestos por Giménez (2005), pueden entenderse como la evolución de los ciclos de sociabilidad-intercambio a lo largo de tiempos y espacios sociales suficientemente extensos. En cada uno de estos modos, el promedio de los ciclos de sociabilidad-intercambio es cualitativamente distinto, dando lugar a bucles de retroalimentación distintos. Así, en la convivencia, las interacciones son netamente positivas durante un periodo suficientemente largo en el tiempo, lo que tiene como consecuencia una retroalimentación positiva y un crecimiento global del flujo en el ciclo de sociabilidad-intercambio, es decir, la confianza de las relaciones crece y los intercambios y los lazos sociales son cada vez más frecuentes e intensos. Cuando este estado de prolongada interacción positiva no se limita a unas pocas relaciones diádicas, sino que se extiende suficientemente a lo largo de la red, la comunidad en su conjunto disfruta de la situación de convivencia. En el otro extremo, cuando las interacciones son netamente negativas durante un periodo suficientemente largo de tiempo, la retroalimentación positiva en el «ciclo de sociabilidad-intercambio» llevaría hacia valores globales cada vez más negativos del flujo, es decir, la desconfianza crecería y los intercambios negativos y la hostilidad serían más intensos.

Con este esquema conceptual simplificado de las redes de reciprocidad resulta más claro el camino que se debe seguir para fomentar la convivencia en una comunidad. Una mejora en cualquiera de los factores

facilitadores de la confianza allanaría el camino hacia la convivencia. Así, respecto a la cercanía social se debería promover la pertenencia simultánea a una diversidad suficiente de grupos en una comunidad, que fomente los lazos sin crear grupos excluyentes. La cercanía física es una cuestión más compleja dado el urbanismo que se practica en la actualidad, como evidencia el hecho de que los niveles elevados de hacinamiento propios de las grandes ciudades dificultan el encuentro de los individuos en espacios de sociabilidad. Una solución parcial a este problema urbanístico es la creación de espacios públicos que inviten a pasar el tiempo libre y a encontrarse con otros en un contexto distendido. Estos mismos espacios podrían utilizarse para mejorar el conocimiento mutuo a través de la participación en actividades junto con otros miembros de la comunidad (veáse Herrera Pineda y Tchipolo Tchapeseka, 2015). Respecto a la simetría socioeconómica, la solución evidente de reducir las asimetrías parece tener materializaciones complejas y disputadas ideológicamente.

CONCLUSIONES

Los intercambios sociales analizados en este trabajo se basan en la devolución de dones y en la complementariedad de intereses. El sentido de ida y vuelta en el intercambio o de «deuda siempre presente» conforma un ciclo y mantiene vivos los vínculos sociales. Además, la devolución y el beneficio mutuo consiguiente rompen con la incompatibilidad de intereses entre lo propio y lo ajeno expresada en la dicotomía de egoísmo y altruismo. En consecuencia, proponemos entender estas redes como redes de reciprocidad y rechazar su interpretación como redes de solidaridad en el sentido de solidaridad como altruismo desinteresado. El concepto de reciprocidad supera la dicotomía egoísmo/altruismo al comprender el intercambio entre los diversos actores sin caer en visiones esencialistas que invisibilizan la acción de unos y destacan la de

otros, como frecuentemente ocurre con el concepto de solidaridad (Arnold-Cathalifaud *et al.*, 2008; Torre, 2003). De esta manera es posible reformular positivamente el concepto de interés como un proceso relacional que permite la cohesión social a través del intercambio, al tiempo que nos alejamos de las valoraciones morales asociadas comúnmente a conceptos como solidaridad y egoísmo.

Las asimetrías en los intercambios pueden derivar en obstáculos para la convivencia o fuentes de conflictos. Por un lado, por la sobrecarga de determinados actores en redes de reciprocidad que, o bien está generada a priori por roles o estereotipos, o bien termina fijándose a posteriori en nuevos roles adquiridos. Por otro lado, la perspectiva «cuidador/dependiente» que envuelve los sistemas de protección social institucional lleva a reproducir discursos sobre la incapacidad y subordinación de determinadas personas. Esta visión reifica y hace recaer sobre las «personas dependientes» la responsabilidad de su propia situación, olvidando que son el resultado de procesos sociales más amplios. Reproducir discursos como este, donde la realidad social se escinde en polos contrapuestos, es un instrumento ideológico de poder que perpetúa las asimetrías.

Es necesario ver la complejidad de las relaciones entre unos y otros, para trascender el modelo de la autosuficiencia, basado en un individuo autónomo. Debemos aprovechar la complementariedad de intereses que constituyen los ciclos de sociabilidad-intercambio de las redes de reciprocidad. Para ello, son necesarios espacios de encuentro más amplios e inclusivos, donde lo diferente se pueda reunir y diversos tipos de bienes se puedan intercambiar, promoviendo así una convivencia democrática y plural. Todo el entramado de normas y de lazos sociales que se tejen en las redes de reciprocidad muestra la capacidad de las personas para desarrollar dinámicas que persigan el bienestar general, algo especialmente importante en el

contexto actual, pues en estas redes se produce un bien público. Es necesario aprovechar la coyuntura de la crisis para potenciar las dinámicas positivas que se están generando y reinterpretando, con la participación de todos los actores involucrados.

BIBLIOGRAFÍA

- Adler-Lomnitz, Larissa (1984). *Cómo sobreviven los marginados*. México: Siglo Veintiuno.
- Adler-Lomnitz, Larissa (1994). «Supervivencia en una barriada en la ciudad de México». En: Adler-Lomnitz, L. (ed.). *Redes sociales, cultura y poder. Ensayos de antropología latinoamericana*. México: FLACSO.
- Arnold-Cathalifaud, Marcelo; Thumala, Daniela y Urquiza, Anahí (2008). «Algunos efectos de procesos acelerados de modernización: solidaridad, individualismo y colaboración social». *Papeles del CEIC*, 37(1).
- Arteaga, Catalina (2007). «Pobreza y estrategias familiares: Debates y reflexiones». *Revista Mad*, 17: 144-164.
- Cachón, Lorenzo (2008). «Conflictos e inmigración en Europa: una primera aproximación comparativa». En: *Conflictos e inmigración: Experiencias en Europa*. Madrid: Área de Gobierno de Seguridad y Movilidad. Observatorio de Seguridad.
- Cáritas Española (2013). *Empobrecimiento y desigualdad social. El aumento de la fractura social en una sociedad vulnerable que se empobrece. VIII Informe del Observatorio de la Realidad Social* (en línea). http://www.caritas.es/publicaciones_download.aspx?id=4706.
- Díez de Baldeón García, Alicia y López Marsa, Flora (1987). *Historia de Tetuán*. Madrid: Concejalía de Relaciones Institucionales y Comunicación.
- Enríquez Rosas, Rocío (2000). «Redes sociales y pobreza: Mitos y realidades». *Revista de Estudios de Género. La ventana*, 11: 36-72.
- Federico de la Rúa, Ainhoa (2009). «La perspectiva del interaccionismo estructural para el análisis de redes sociales». *Revista Hispana para el Análisis de Redes Sociales*, 12(17): 258-274.
- Gacitúa, Estanislao y Davis, Shelton (2000). «Introducción: pobreza y exclusión social en América Latina y el Caribe». En: Gacitúa, E.; Soho, C. y Davis, S. (eds.). *Exclusión social y reducción de la pobreza en América Latina y el Caribe*. Costa Rica: FLACSO, Banco Mundial.
- Giménez, Carlos (2002). «Planteamiento multifactorial para la mediación e intervención en contextos multiculturales. Una propuesta metodológica de superación del culturalismo». En: García Castañón, F. J. y Muriel López, C. (eds.). *La inmigración en España: Contextos y alternativas (Volumen II)*. Granada: Laboratorio de Estudios Interculturales.
- Giménez, Carlos (2005). «Convivencia: conceptualizaciones y sugerencias para la praxis». *Puntos de Vista*, 1: 7-31.
- Gómez Crespo, Paloma y Martínez Aranda, María A. (2012). «Convivencia y conflicto en contextos locales de inmigración: articulación de espacios de sociabilidad en los barrios madrileños». *Revista de Ciencias Sociales CI*, 28: 122-145.
- Granovetter, M. S. (1973). «The Strength of Weak Ties». *American Journal of Sociology*, 78(6): 1360-1380.
- Herrera Pineda, Ivonne y Tchipolo Tchapeseka, Eduardo (2015). «Conociendo el barrio de La Ventilla. Una mirada a las relaciones de convivencia y conflictividad». En: Giménez, C. y Gómez Crespo, P. (eds.). *Análisis, prevención y transformación de conflictos en contextos de inmigración*. Madrid: Ediciones UAM.
- Herrera Pineda, Ivonne (en prensa). «Procesos de sociabilidad vecinal en el barrio La Ventilla». En: Gómez, P. y Martínez Aranda, M. A. (eds.). *Conflictividad y migración en contextos locales. Convivencia y espacios de sociabilidad: Experiencias para la formación en Antropología Social*. Málaga: Sepha.
- Ibáñez, Jesús (1994). *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*. Madrid: Siglo XXI.
- Krackhardt, D. (1992). «The Strength of Strong Ties: The Importance of Philos in Organizations». En: Nohria, N. y Eccles, R. (eds.). *Networks and Organizations: Structure, Form and Action*. Boston, Massachusetts: Harvard Business School Press.
- Martín Coppola, Eva y Martín Pérez, Alberto (2008). «Tetuán, un distrito con solera: transformaciones sociales y urbanas, "viejos" y "nuevos" vecinos». En: Cachón L. (ed.). *Convivencia, inmigración y conflictos: tres distritos madrileños desde las voces de los líderes de opinión*. Madrid: Área de Gobierno de Seguridad y Movilidad. Coordina-

- ción General de Seguridad. Observatorio de Seguridad.
- Mauss, Marcel (1971). *Ensayo sobre los dones: razón y forma del cambio en las sociedades primitivas*. Madrid: Tecnos.
- Narotzky, Susana (2013). *Economías cotidianas, economías sociales, economías sostenibles*. Barcelona: Icaria.
- Palacios García, Antonio J. (2007). «El proceso de renovación-sustitución en La Ventilla (Madrid). La aplicación tardía del programa de barrios en remodelación». *Nimbus*, 19-20: 191-213.
- Polanyi, Karl (1972). «El sistema económico como proceso institucionalizado». En: Godelier, M. (ed.). *Antropología y economía*. Barcelona: Anagrama.
- Puccia, Charles J. y Levins, Richard (1985). *Qualitative Modeling of Complex Systems: An Introduction to Loop Analysis and Time Averaging*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Requena Santos, Félix (1989). «El concepto de red social». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 48: 137-152.
- Rinken, Sebastián (2010). «La evolución de las actitudes ante la inmigración en tiempos de crisis económica. Un análisis cualitativo». En: Aja, E.; Arango, J. y Oliver Alonso, J. (eds.). *Inmigración y crisis económica: Impactos actuales y perspectivas de futuro. Anuario de la inmigración en España*. Barcelona: Bellaterra Edicions.
- Rivas Rivas, Ana M. (2009). *Familias transnacionales colombianas, transformaciones y permanencias en las relaciones familiares y de género*. Madrid: Los libros de la Catarata.
- Rivera González, José G. (2005). «Alcances y límites de las redes de reciprocidad entre un grupo de familias de sectores medios en la Ciudad de México». *Revista de Antropología Iberoamericana*, 43: 1-25.
- Sanz Menéndez, Luis (2003). «Análisis de redes sociales: o cómo representar las estructuras sociales subyacentes». *Apuntes de Ciencia y Tecnología*, 7: 21-29.
- Smith, Sheldon y Reeves, Ed (1989). *Human Systems Ecology: Studies in the Integration of Political Economy, Adaptation and Socionatural Regions*. Boulder, Colorado: Westview.
- Ther Ríos, Francisco (2006). «Complejidad territorial y sustentabilidad: Notas para una epistemología de los estudios territoriales». *Horizontes Antropológicos*, 25: 105-115.
- Torre, Isabel de la (2003). «Los fundamentos sociales del tercer sector». *Revista Internacional de Sociología*, 35(61): 105-125.
- Torres Pérez, Francisco (2006). «Las dinámicas de la convivencia en un barrio multicultural. El caso de Russafa (Valencia)». *Papeles del CEIC*, 23(1): 1-36.
- Wilson, T. D. (1998). «Weak Ties, Strong Ties: Network Principles in Mexican Migration». *Human Organization*, 57(4): 394-403.

RECEPCIÓN: 07/12/2014

REVISIÓN: 06/04/2015

APROBACIÓN: 06/07/2015

APÉNDICE

Para facilitar la exposición de las redes personales, estas se han organizado en torno a dos grupos distintos: la familia y los vecinos. Esta elección se basa en los marcadamente distintos grados de cohesión que en general fueron observados. Dentro del conjunto de vecinos del barrio, se ha diferenciado como subgrupo la «comunidad de vecinos», que alude a aquellas personas que viven en el mismo edificio que el informante clave. Esta distinción pone de relieve el hecho de que la proximidad espacial forzada por la estructura urbanística del barrio tiene como consecuencia el establecimiento de numerosas interacciones, tanto positivas como negativas. De cada actor se presentan una serie de características comunes para comprender su situación, así como los datos adicionales que puedan ser especialmente relevantes para comprender al actor o sus intercambios. Finalmente, no se han representado las relaciones con las ONGs e instituciones (benéficas o gubernamentales) ya que, al tratarse de redes de carácter formal, son periféricas al objeto de estudio. Sin embargo, es de destacar el papel esencial que desempeñan estas redes formales para todos los actores de las redes sociales estudiadas. A continuación se presentan las tres redes de intercambio analizadas desde un enfoque multifactorial, incluyendo la variedad de recursos que se ponen en común y una breve contextualización del intercambio. En las figuras 1, 2 y 3 se presentan visualmente los sociogramas de las redes de intercambio de Sara, Lucía y Pedro, respectivamente³.

CASO 1: SARA

Sara tiene 54 años, es ecuatoriana, vive con sus tres hijas en Madrid desde hace trece años y en La Ventilla desde hace ocho. En Ecuador gozaba de un nivel socioeconómico alto, pero la crisis económica de 1999 desequilibró su economía y decidió emigrar. En España trabajó durante años como agente de seguros en una empresa multinacional, lo que le dio gran estabilidad económica y permitió que dos de sus hijas estudiaran en una universidad privada. Debido a la crisis, desde hace un par de años está desempleada y trabaja ocasionalmente desde casa preparando *catering* por encargo. Sus tres hijas (Andrea de 25 años, Tatiana de 30 y Raquel de 32) han cursado estudios universitarios en España, han trabajado temporalmente en sus profesiones y en trabajos menos remunerados, pero recientemente han emigrado a Gran Bretaña y Canadá para conseguir un mejor futuro que el que les ofrece España. Sara ha inculcado a sus hijas valores como el esfuerzo personal y la ayuda mutua entre familiares. Todas muestran gran disponibilidad a colaborar con recursos tanto materiales (como el dinero que obtienen cuando alguna consigue trabajo, destinado para gastos domésticos) como inmateriales (dedicando horas a la preparación del *catering* o en tareas domésticas, como limpiar o mantener la casa ordenada), y mantienen una comunicación continua entre sí (conversaciones personales, anécdotas, consejos, ánimo, decisiones comunes, información).

³ Todos los nombres que aparecen en este trabajo son nombres ficticios y los datos temporales se refieren al momento en que se realizó el trabajo de campo.

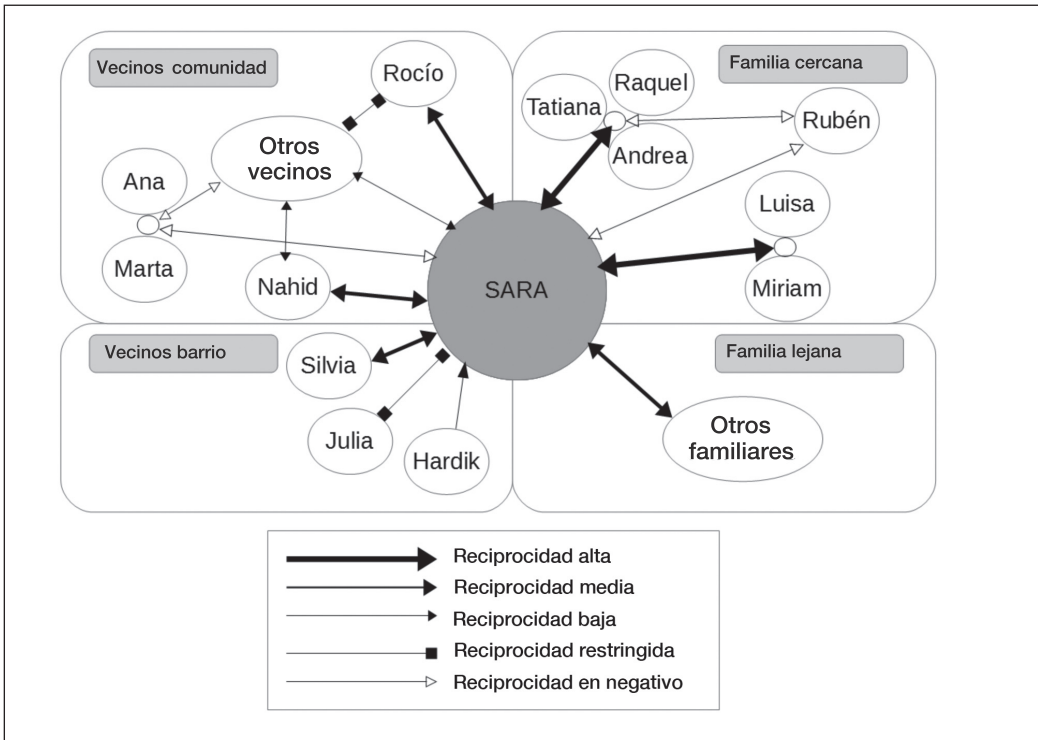


FIGURA 1. Sociograma de la red personal de intercambios de Sara

Sus dos sobrinas (Luisa y Miriam, hermanas de 25 y 26 años) actualmente se alojan en su casa. Han viajado recientemente a Madrid para cursar estudios de máster. Su situación económica es ligeramente más favorable que la de Sara. Intercambian frecuentemente bienes inmateriales (frecuente comunicación —antes por teléfono— en la que comparten consejos, anécdotas, cariño e información, como la que Sara ha ofrecido tanto para preparar el viaje a España como para facilitar su estancia) y bienes materiales muy importantes para la economía familiar (Sara no les cobra alojamiento, pero sí los gastos de calefacción, cantidad considerable en invierno).

Rubén, su ex marido, tiene 55 años, es ecuatoriano e ingeniero mecánico. Cuando aún era su marido, estuvo meses en España pero regresó a Ecuador, donde vive actualmente, porque rechazó empezar con trabajos menos cualificados. Desde hace algunos años, Rubén ha privado a Sara del usufructo de los bienes inmuebles que tiene en Ecuador, por lo que mantienen un largo y complicado litigio. Su intercambio se basa en la confrontación y en la ausencia de diálogo tanto con Sara como con sus hijas.

«Otros familiares» incluye a hermanos y primos que viven en Ecuador, todos ellos profesionales con trabajos altamente remunerados. Sara y ellos mantienen una comunicación frecuente a distancia (comparten conversaciones, consejos, cariño) y se han mostrado siempre dispuestos a colaborar: ellos con préstamos monetarios o papeleos del litigio de Sara con su ex marido en Ecuador, y Sara con su hospitalidad durante los viajes turísticos que hacen con cierta frecuencia a Madrid, preparándoles cenas en su casa o acompañándoles en visitas turísticas.

La «comunidad de vecinos» está compuesta por personas de mediana edad, tanto españolas como extranjeras de múltiples orígenes geográficos que viven en un edificio de vivienda protegida. La mayoría tenía trabajos poco cualificados y actualmente está en el desempleo. Estos vecinos comparten valores para la convivencia como la idea del bien común y la cordialidad (conversaciones breves y, aunque frecuentemente superficiales, en general apreciadas). La mayoría muestra disposición a colaborar en decisiones comunes, como aplazar los pagos de algunos vecinos o contribuir con pequeñas cuotas para obras en el edificio.

Ana y Marta son españolas de mediana edad y amigas de confianza. Ana es ama de casa y vive con su marido e hijos. Marta es soltera, trabaja en el sector servicios y tiene un hijo de 13 años. Estas dos vecinas han generado malestar en la comunidad de vecinos, pues no han colaborado con las obras del edificio y han denunciado a Hassan (incluido en el sociograma dentro de «otros vecinos»), vecino reciente de origen iraní, que trabaja como electricista y vive con su esposa e hijos. Hassan se muestra dispuesto a colaborar con los vecinos (hizo gratuitamente una instalación eléctrica para el edificio y compró material). Ana y Marta le han denunciado por instalar una antena, alegando perjuicios a la comunidad, pero han respetado a otros vecinos españoles que tienen la misma antena. Este comportamiento discriminatorio los ha enfrentado y ha distanciado a otros vecinos, entre ellos Sara, que además están molestos por las continuas quejas de estas vecinas (como desapariciones de cartas en sus buzones).

Hace meses, Sara mantenía un intercambio frecuente con Marta, tanto material (le regalaba alimentos) como inmaterial (conversaciones personales, consejos ante dificultades), fundado en la amistad que tenían, en la empatía que sentía hacia la situación económica de Marta (le comentaba que tenía muchas dificultades y que destinaba su sueldo íntegramente a pagar facturas) y especialmente en el cariño que le tiene al hijo de Marta. Esta relación se cortó porque Sara descubrió que Marta se permitía lujos para ella inasequibles, como aire acondicionado, lo que interpretó como falta de honestidad.

Nahid es marroquí, de religión musulmana y de mediana edad. Vive con sus 4 niños (incluido un bebé) y está separada de su marido. Trabajaba en limpiezas, pero ahora no tiene trabajo. Nahid recibe frecuentemente alimentos de instituciones benéficas, que intercambia con Sara según preferencias mutuas. Ambas mantienen ciertas diferencias de actitud, que interpretan en términos culturales (como el que Nahid vuelva repetidas veces con su marido, algo que Sara atribuye tanto a la personalidad como a la cultura de Nahid). No obstante, estas divergencias son resueltas en las charlas frecuentes que comparten, donde expresan preocupación mutua por sus necesidades (ambas sienten empatía ante sus problemas familiares, y por ello se dan consejos).

Rocío es española, tiene 35 años, es soltera y vive con su madre. Trabajaba en sector servicios pero actualmente no tiene empleo. La interacción con Sara evolucionó gracias a un encuentro casual en el que intercambiaron bromas. Esto le llevó a romper prejuicios que compartía con otros vecinos (que la tachaban de «buscableitos»), le permitió entablar una amistad muy valorada y descubrir que el tiempo libre (dilatado por no tener trabajo) y el bienestar anímico eran preocupaciones comunes para ambas. Sus intercambios consisten básicamente en compartir actividades de ocio (ir a un parque o a bares una o dos veces por semana o pasear al perro) que les permiten evadirse y tener compañía fuera del ámbito familiar. Además ambas muestran buena disposición para compartir pequeños detalles como bebida y comida de «picoteo» bajo la idea de «hoy por ti, mañana por mí».

Silvia es española, tiene 30 años y vive con sus tres hijos y su marido. Ambos trabajan (ella en limpieza), pero tienen muchas facturas que pagar. Silvia y Sara intercambian frecuen-

temente bienes simbólicos (conversaciones personales, consejos, información sobre ayudas) y materiales (alimentos según gustos o necesidad). Valoran mucho esta relación, por lo detallistas que se muestran ambas (pequeños regalos de cumpleaños) y por su ayuda mutua (cuando Sara recibió ayuda de Cáritas y Cruz Roja la compartió con Silvia en agradecimiento por sus consejos y por entender que su situación era más desfavorable).

Julia es española, jubilada y vive con su marido. Julia es pastora evangélica, lo que le permite acceder a recursos del Banco de Alimentos. Ha recibido frecuentemente comida preparada por Sara, pero no ha mostrado disposición a intercambiar mayor cantidad de alimentos ni información sobre ayudas (le ha regalado alimentos solo de manera extraordinaria). La poca respuesta ante los esfuerzos de Sara ha enfriado la relación, por lo que Sara ha dejado de regalarle comida y su comunicación es cada vez más esporádica y superficial.

Hardik es hindú, tiene 45 años aproximadamente, regenta una frutería, pero trabaja principalmente como traductor. Mantiene con Sara frecuentes conversaciones, donde intercambian ideas, conocimientos, experiencias, y en ocasiones alimentos (alguna vez Sara le enseñó como aprovechar la fruta muy madura y él, por su parte, recetas de comida hindú). Intentaron abrir un negocio entre ambos, pero este proyecto fracasó por problemas burocráticos.

CASO 2: LUCÍA

Lucía es española, pescadera, tiene 30 años y cuatro hijos de 5 a 16 años, de relaciones anteriores (vive con los tres menores: Paula, Noelia y Daniel). Cobra por segundo mes la ayuda del «Plan Prepara» y lleva viviendo en La Ventilla 10 meses con su actual pareja, David, y el hijo de este (Adrián, de 9 años). David es español, maquinista de obra y lleva dos meses en paro. El hecho de vivir juntos les permite afrontar los gastos domésticos. Dado que los gastos del comedor de los niños eran superiores al salario de Lucía, acordaron que ella renunciara a su trabajo y atendiera a los niños y David trabajara para cubrir los gastos domésticos. Ambos inculcan a sus hijos valores para la convivencia (jugar pacíficamente, donar material escolar no usado). Todos los miembros de la familia colaboran para mejorar su situación económica (los niños: reutilizan la ropa de hermanos mayores, intercambian juguetes entre compañeros de colegio, renuncian a pequeños caprichos; entre la pareja: comparten gastos, estrategias de ahorro, consejos o información sobre ayudas o trabajos) o para mantener el bienestar general (intercambian afecto mutuo, comprensión, preocupación por dificultades o enfermedades).

Pilar y Merche son la hermana y la madre de Lucía. Ambas trabajan temporalmente como limpiadoras, Merche vive sola y Pilar tiene dos hijos y hace poco fue desahuciada de su vivienda por impagos. Su intercambio con Lucía se basa en vínculos afectivos estrechos (conversaciones frecuentes de carácter personal, llamadas telefónicas, pequeños regalos o favores) y en la búsqueda de mejorar su situación de inseguridad socioeconómica (alimentos, dinero en situaciones urgentes, regalos como todos los muebles de la antigua casa de Pilar).

En «otros familiares» se incluyen primos, tíos, abuelos, con distintos niveles de seguridad económica (algunos trabajan, otros no) y con quienes Lucía mantiene menor comunicación. Por ejemplo con Lola, su abuela, cuya relación se basa en el respeto y en escasas conversaciones. Lola goza de estabilidad socioeconómica y ambas no comparten ciertos valores culturales (la dadivosidad con los demás Lola lo ha entendido como despilfarro), pero sí otros

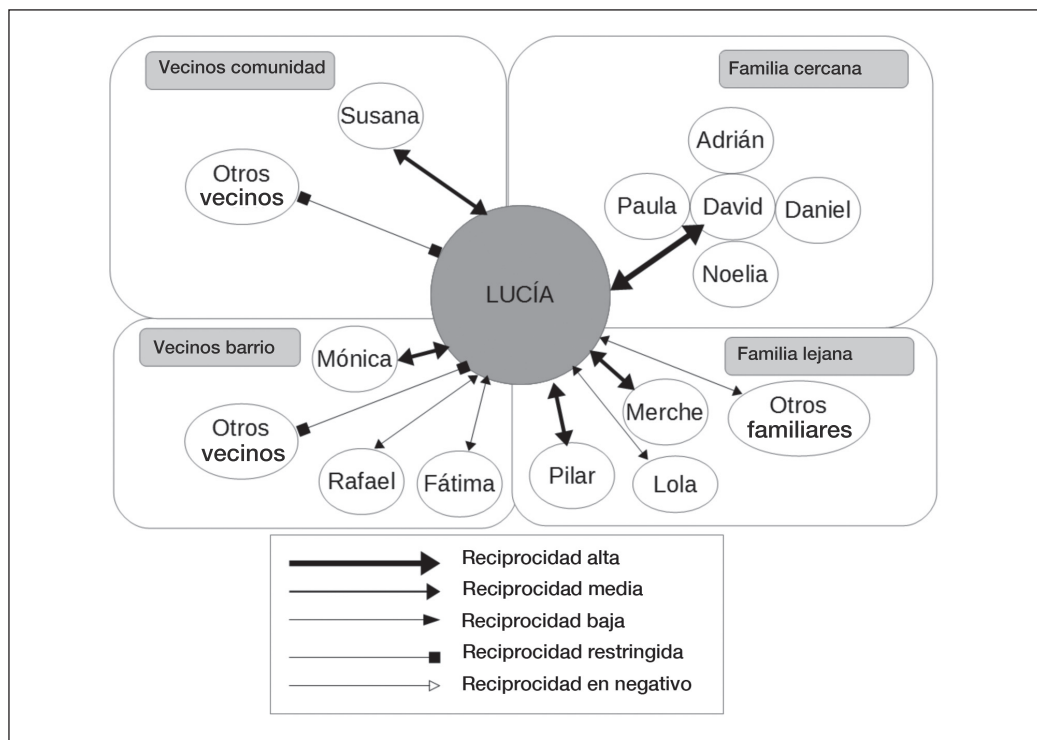


FIGURA 2. Sociograma de la red personal de intercambios de Lucía

expresados en el intercambio (le ha pagado un seguro sanitario a su hijo Daniel, por su pésimo pronóstico desde la seguridad social pública; por su parte, Lucía le guarda mucha gratitud).

La comunidad de vecinos está compuesta por pocas personas, todos jóvenes, tanto españoles como extranjeros, algunos en desempleo y otros con trabajos poco cualificados. Viven en un edificio de vivienda protegida y en general son cordiales entre sí. Susana es una vecina joven, madre de varios niños, vive con su marido y trabaja temporalmente en limpiezas. Ambas tienen conocimiento de su vida cotidiana, intercambian conversaciones, empatía, consejos, bromas o favores (Susana introdujo a Lucía en el barrio con contactos e información y Lucía cuida temporalmente de los hijos de Susana), encaminados muchas veces a suplir sus carencias económicas (alimentos según preferencias, tabaco, ropa usada, información sobre ayudas).

Tanto con la comunidad de vecinos como con «otros vecinos» (gran parte en el desempleo o en trabajos precarios) su interacción se limita al salud y a conversaciones cortas y esporádicas y en ocasiones evita encontrarse con personas gitanas. Lucía ve la inseguridad económica que comparten sus vecinos como caldo de cultivo para conflictos vecinales y delincuencia. Sus experiencias negativas en este y otros barrios (como el conocimiento de un asalto violento por parte de un vecino y la agresión a su hijo por parte de un niño gitano) le han hecho marcar distancia con los vecinos (discreción, desconfianza hacia los demás, prioridad del espacio privado sobre el público, estereotipos sobre personas gitanas).

Sin embargo, Lucía tiene relaciones cualitativamente distintas, basadas en un mínimo de confianza con «otros vecinos». Se trata de personas «desconocidas» con las que mantiene intercambios puntuales, por ejemplo: Fátima, mujer subsahariana de mediana edad, con varios niños pequeños y con trabajos temporales como asistenta doméstica; Rafael, joven español viudo con dos niñas pequeñas y en desempleo. A pesar de las diferencias y del conocimiento superficial que tiene de ambos, Lucía siente compasión y empatía por sus situaciones, y por ello les ha ofrecido ayuda puntual (unas zapatillas de niña e información sobre ayudas, respectivamente).

Por último, Mónica, española de mediana edad, profesional con trabajo y gran estabilidad económica. Vive con su marido e hijos en el barrio y es antigua amiga de confianza de Lucía. Intercambian frecuentemente conversaciones, consejos, favores o regalos. Esta relación es muy valorada porque supone compartir ciertos valores culturales como empatía hacia los desfavorecidos, afán de colaborar (Mónica ofrece trabajo en obras o limpiezas en su vivienda, que estrictamente no necesita pero que lo hace como ayuda; a cambio, Lucía y David demandan poco dinero dada la amistad) y aprecio a la autonomía (Lucía prefiere que Mónica le pague por un trabajo, pues recibir dinero suyo lo interpretaría como caridad).

CASO 3: PEDRO

Pedro es de origen dominicano, de raza negra y religión católica, tiene 56 años y lleva viviendo 27 años en España y 13 en el barrio de La Ventilla. Llegó como inmigrante ilegal y tuvo grandes dificultades al inicio, llegando a dormir bajo un puente durante varios meses y sufriendo discriminación por sus orígenes. Pedro es enfermero de profesión, en España ha trabajado cuidando personas mayores durante 12 años, pero desde hace dos está en situación de desempleo y solo trabaja esporádicamente por horas. Actualmente ya no percibe ningún tipo de prestación social. No obstante, junto a su familia atienden en su domicilio a muchas personas con necesidades básicas. Pedro vive con su madre (María, anciana sin jubilación) y sus hijos (Olga, Roberto, Andrés y Sergio, de entre 21 y 27 años), todos con estudios secundarios y en desempleo.

Aunque el deseo de Pedro es volver a su país para reunirse con su mujer, permanece en España porque sus hijos quieren vivir aquí y no son independientes económicamente. Ellos querían cursar estudios universitarios, pero su situación económica no se lo permite. Pedro les ha inculcado valores humanitarios y cristianos como la compasión, la generosidad, el sacrificio o solidaridad. Y pese a algunas divergencias por la edad (por ejemplo, la vergüenza de sus hijos a pedir ayudas en centros benéficos), todos los miembros colaboran con las tareas del hogar (orden, limpieza y cocina) o con recursos encaminados a mejorar su bienestar social y el de sus vecinos (comparten el salario cuando alguno encuentra trabajo temporal, van a comprar productos más baratos lejos de casa). Cotidianamente intercambian anécdotas, preocupaciones, consejos o ánimo (por ejemplo, comprensión ante la frustración de ser jóvenes, tener tiempo libre y no acceso a un ocio asequible).

El grupo «otros familiares» está conformado por hermanos, primos y sobrinos, algunos en desempleo, otros con trabajos temporales no cualificados. Su intercambio se basa en el apoyo moral y en el cuidado del estado anímico (empatía, conversaciones, consejos, bromas, o incluso compartir bailes o música) y en estancias temporales en casa de Pedro, en cuyo caso, se colabora con tareas domésticas.

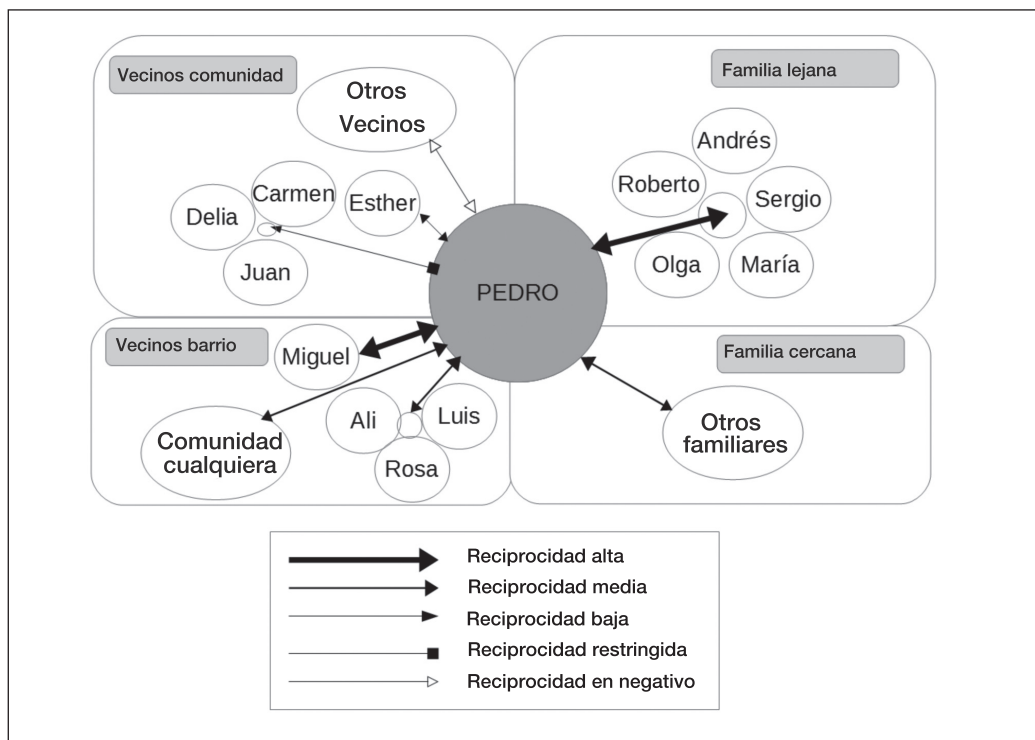


FIGURA 3. Sociograma de la red personal de intercambios de Pedro

La comunidad de vecinos está conformada por vecinos españoles, la mayoría de ellos jubilados. Su familia es la única extranjera en el edificio. Diferenciamos a Esther, vecina española de 70 años aproximadamente, con la que intercambia cordialidad, conversaciones breves y en ocasiones alimentos. Frecuentemente se queja por los ruidos que hacen sus hijos al bajar y subir constantemente de la calle, pero ello no ha supuesto confrontación. Por otra parte, encontramos el grupo de Carmen y sus padres, Delia y Juan (ambos jubilados y con varias enfermedades). Carmen, de mediana edad y ex directora de un banco, no trabaja por sufrir una enfermedad degenerativa. La relación de estos tres vecinos con Pedro ha evolucionado positivamente desde una hostilidad con fuerte tinte xenófobo hacia la cordialidad y el respeto mutuo. Pedro, ha asistido a Juan ante urgencias de salud o ha llevado la compra de Carmen, por lo que ella y Delia expresan gratitud e incluso sus disculpas. Juan, por su parte, se limita a intercambiar saludos y a no mostrar actitud negativa en público.

El resto de vecinos («otros vecinos») guardan entre sí un fuerte sentido de pertenencia que lo contraponen cotidianamente a la familia de Pedro. El intercambio se basa en el enfrentamiento y la ausencia de diálogo, expresado en llamadas a la policía, rumores acerca de drogas o delincuencia en su casa o en quejas cotidianas (por afluencia de personas o uso de servicios del edificio, como el ascensor o un enchufe eléctrico en la entrada común, usado una vez por su hija). Para evitar problemas, Pedro prioriza los pagos de la comunidad, mantiene la calma en las disputas y les ha invitado a su casa para que verifiquen sus sospechas (oferta que ha sido rechazada). Esta situación causa efectos muy negativos en esta familia (estrés, enfado, cansancio).

Miguel es un joven vecino de origen subsahariano, sacerdote católico y figura clave en el bienestar socioeconómico y emocional de Pedro y su familia. Tiene mayores recursos económicos y colabora frecuentemente con alimentos y en situaciones urgentes con dinero para facturas, pero también con consejos espirituales, ánimo, buen humor o favores diversos, como traslados en su vehículo. Esta relación es muy valorada por todos los miembros, que le guardan especial aprecio por su carácter afable y los valores que practica (humanitarismo, humildad e igualdad, algo que vinculan a la «negritud» y que ven como caso extraordinario dentro de la institución).

Por último, el grupo «comunidad cualquiera» incluye a cualquier persona, sobre todo vecinos del barrio, independientemente de la nacionalidad, sexo, edad o religión, que tienen necesidades básicas y que son atendidas por Pedro y su familia (con comida, sitio donde dormir, ducharse o lavar la ropa, ayuda en papeleos, información). Las diferencias culturales entre este grupo y la familia no se entienden en oposición sino que se enfatizan las convergencias a través del intercambio mutuo (comer la misma comida en la misma mesa, «compartir todos juntos como hermanos», apoyo moral y emocional) y la colaboración cotidiana (recados, cocina, orden o limpieza).

Ali, Rosa o Luis pertenecen a este grupo y viven temporalmente en casa de Pedro por cuestiones diversas. Ali es un joven marroquí musulmán que vivía en la indigencia. Rosa, mujer ecuatoriana de mediana edad, trabaja dos horas diarias limpiando y debe hacer papeleos en La Ventilla durante varios días, pero vive lejos y no tiene dinero para el transporte diario. Y Luis es dominicano de mediana edad, en desempleo, enfermo y sin hogar. Todos ellos expresan gratitud y colaboran con recados o tareas domésticas, y según sus posibilidades intercambian diversos recursos: Ali se muestra servicial y ha dejado la bebida; Rosa cuando puede cocina o compra alimentos y los prepara, y Luis es buen conversador y muestra gran capacidad de escucha.